

¿Nuevas dramaturgias?

POR ANDRÉS AMORÓS*

Si repasamos nuestra cartelera teatral, nos encontramos con pocas referencias que respondan a ese rótulo de la «nueva dramaturgia», por muy laxamente que lo queramos interpretar. (Me estoy refiriendo, por supuesto, al llamado teatro comercial, no a otros intentos, por muy simpáticos que puedan resultarnos).

Valle-Inclán y García Lorca siguen siendo las raíces vivas de casi todo el teatro español actual. Además de eso, los espectadores de nuestro país muestran sus preferencias por un repertorio de lo más clásico: Jacinto Benavente, Carlos Arniches, Jardiel Poncela, Miguel Mihura...

Cada uno de estos autores forma parte de la historia de nuestro teatro y es verdaderamente importante, en su género: la alta comedia, el sainete, el teatro de humor. No se trata de restarles méritos, sino de reconocer que el predominio de este tipo de teatro parece síntoma algo preocupante.

No es un fenómeno exclusivo de España: las carteleras teatrales de París, Roma, Londres o Nueva York han vuelto claramente, en los últimos años, al teatro de texto y a los clásicos: Shakespeare, Pirandello, Brecht, Chejov... Quizá la experimentación surja en los montajes más que en la selección de los textos.

La Democracia ha supuesto una normalización cultural en todos los sectores (también en el teatro), pero no ha podido remediar al instante las carencias de muchos años. Hoy, en España, se producen algunos grandes espectáculos, comparables a cualquier otro que surja en Europa. Varios profesionales españoles poseen un nivel verdaderamente internacional: Nuria Espert, Lluís Pasqual, José Luis Gómez, Adolfo Marsillach, Francisco Nieva, varios más. Sin embargo, cabe plantearse si el teatro cuenta mucho, en una sociedad volcada hacia otros valores.

No sirve de nada lamentarlo: el «nuevo público» con que soñábamos, durante el franquismo, apenas asoma hoy por nuestros teatros. Los jóvenes españoles viven una cultura del ocio y el consumo que incluye la televisión, el vídeo, el deporte, las discotecas, la «movida» nocturna... pero no el teatro.

Por otro lado, mantenemos la herencia de una escasa cultura teatral, que se manifiesta en la actitud de muchos

intelectuales españoles y de nuestra Universidad ante el fenómeno escénico.

En el terreno institucional, el Ministerio de Cultura creó, junto al Centro Dramático Nacional y la Compañía Nacional de Teatro Clásico, un Centro de Nuevas Tendencias Escénicas que ha luchado esforzadamente contra la escasa atención que presta el público a este tipo de espectáculos.

Aunque pueda parecer extraño, el debate sobre las nuevas dramaturgias se ha planteado con cierta virulencia a propósito de los montajes de los clásicos españoles que ha realizado la Compañía Nacional de Teatro Clásico.

No hay que olvidar la tarea de los grupos catalanes, herederos de una importante tradición teatral mediterránea, de fiesta popular y grupos de aficionados: Teatre Lliure; Flotats; Els Joglars; en el teatro de calle, Els Comediants; Dagoll-Dagom ha afrontado el difícil terreno del musical; La Fura dels Baus lleva a escena la violencia del rock duro; La Cubana realiza impresionantes *performances*: acabo de ver su espectáculo *Cegada de amor* y creo sinceramente que, en su género, soporta la comparación con lo mejor que hoy se haga en el mundo entero...

Paradójicamente, toda esta floración coincide con la decadencia del teatro de texto en Barcelona; sobre todo, y aquí entra en juego la política, si está escrito en lengua española.

Al lado de eso, no cabe olvidar dos fenómenos positivos del auge –relativo, por supuesto– del teatro fuera de Madrid y el «estallido» de las salas alternativas.

La decadencia del teatro comercial nos hizo temer que se iba a limitar a lo que algunos llaman «la capital del Estado». Por fortuna, los vientos han tomado otro rumbo. Hoy, muchas obras recorren con éxito España sin que hayan encontrado hueco en la cartelera madrileña. O, al llegar a Madrid, alcanzan menos fortuna que en otras ciudades.

Es posible esto por uno de los más indudables aciertos de la administración cultural socialista: la campaña de restauración de viejos teatros.

Por otro lado, el fuego del teatro independiente parece haber renacido en la proliferación de salas alternativas. Al margen de sus excesos y limitaciones, son evidentes sus méritos: forman profesionales, exploran nuevos caminos y, sobre todo, atraen a nuevos espectadores.

* Catedrático de Literatura de la Universidad Complutense de Madrid y crítico teatral



Esto último es, sin duda, lo que más necesita nuestro teatro. A eso contribuyen también los heroicos practicantes del teatro infantil y juvenil. Únase a eso una cantidad literalmente enorme de Festivales, cursos, montajes subvencionados por las distintas Autonomías...

No tiene que luchar hoy nuestro teatro con la censura política pero sí con la económica, comercial, que puede llegar a ser más feroz que la otra...

“E. R.”, de Josep M^a Benet i Jornet. Dirección: Josep Montanyès. Teatre Lliure (1994).

El teatro no juega ya, por desgracia, el papel que en otros tiempos tuvo, en nuestra sociedad. Quizá es el signo inevitable de este momento histórico. En todo caso, sigue vivo. Y polémico. Como el famoso serial radiofónico, es «lo que nunca muere»